

Inconsistencia de las Políticas de Aplicación del Milagro Mexicano

Entre 1940-1980 se desarrolla un modelo de Estado interventor corporativo con la intención de constituirse como un estado de bienestar, aunque distó mucho de lograrlo; pero el Estado sí tuvo una fuerte presencia en la provisión de bienes y servicios, como la educación, salud, seguridad social y el fomento en la construcción de viviendas de interés social. Se tenía la visión de que las instituciones estatales fueran promotoras de la redistribución indirecta del ingreso para lograr el acceso universal de la población a una relativa igualdad de oportunidades. Se formularon programas de bienestar, se crearon complejas estructuras institucionales, fuerte incremento de la burocracia central y se crean mecanismos de representación corporativa.

También se constituyó el “Estado Desarrollista” para impulsar el crecimiento económico sostenido por medio de la industrialización, de la construcción de infraestructura, de las condiciones jurídico-institucionales, de la garantía de los niveles de empleo y de consumo. Este se complementó con el Estado Corporativo dirigido a contrarrestar las desigualdades sociales que se hubieran derivado de los efectos negativos en la búsqueda del desarrollo económico.

El Estado corporativo es un sistema de seguridad social que perpetúa los intereses de los grupos atendidos e intenta constituir un sistema unificado administrado por una sola agencia; entonces, cuenta con rasgos meritocráticos particulares al crearse una ciudadanía segmentada, donde la evolución de los programas sociales se da por la creación selectiva de privilegios a categorías profesionales específicas y organizacionalmente fuertes (militares, profesores federales y trabajadores estratégicos), y es aquí donde radica la imposibilidad de un Estado de bienestar que tienda a generalizar el acceso a los bienes y servicios básicos para el total de la población.

Inconsistencia de las Políticas de Aplicación del Milagro Mexicano

El Estado Interventor Corporativo nace durante la gestión presidencial de Ávila Camacho, entre las posturas reformistas y nacionalistas derivadas de la revolución y concretizadas con Lázaro Cárdenas, y de la consolidación de las posturas conservadoras e interesadas del gobierno de Miguel Alemán. El principal sustento de este Estado fue el dueto mantenido durante mucho tiempo entre el Gobierno y el Partido Revolucionario Institucional, anexándose al sector campesino, obrero y pueblo, en general, a través de mecanismos corporativos para producir una estabilidad política para controlar a los caciques locales y regionales con los líderes nacionales, y así lograría las pretensiones de alcanzar un desarrollo económico y social a través del modelo de la industrialización, dirigido a la sustitución de importaciones y actividades agropecuarias para evitar la dependencia alimenticia.

En esta etapa, el país adquirió una notable estabilidad política y crecimiento económico, aún y cuando la iglesia y el Ejército redujeron su participación en la política nacional. La Guerra Mundial, a punto de terminar junto con el sexenio Avilacamachista, conduciría a decidir la postura ideológica para el país: Capitalismo o Socialismo. México, tal vez por la influencia de Estados Unidos por su cercanía, optó por el capitalismo. A finales del sexenio del General Miguel Ávila Camacho, fue cuando se inició la idea de que una persona civil, no militar, ocupara el lugar vacante del Presidente Ávila Camacho para dar paso al Civilismo. Al consolidarse la estabilidad a través de la política de unidad nacional, ya podía ser la hora del Civilismo, aunque el cambio no garantizaba la solución a los problemas nacionales.